
Influencia y poder de los medios de comunicación

T. Radford

Introducción

Las personas obtienen la mayor parte de la información, más allá de su entorno familiar y laboral, de la prensa, la radio y la televisión. Así, ¿se creen de verdad historias divulgadas que afirmen, por ejemplo, que no existe relación entre el VIH y el sida? Es poco probable que lo hagan, pero se plantea una paradoja curiosa: la gente se muestra receptiva, en menor o mayor medida, a las historias sobre objetos voladores no identificados, astrología, reencarnación y raptos por alienígenas. Pero, al mismo tiempo, tiene capacidad de discernimiento y detecta la basura peligrosa, y está dispuesta a ser entretenida pero poco dispuesta a dejarse engañar en lo referente a las cosas que afectan realmente a sus vidas.

La radio, la televisión y los periódicos son importantes transmisores de educación médica, pero no tan importantes como los periodistas desearían. No conozco a nadie que no relacione VIH con sida. Y es extraño porque, hablando con los investigadores del sida, se llega a la conclusión de que todavía existen muchas cosas que ignoramos sobre el agente infeccioso y sobre el grupo de enfermedades que definen el sida. Así, debería quedar un hueco para dudar sobre esta relación, y algunas personas están lanzando preguntas sobre la relación VIH/sida. Sin embargo, no conozco a nadie que se crea lo que plantean estos artículos. No me refiero a que la gente desconfíe de estos artículos o que sea capaz de rebatirlos. Lo que quiero decir es que la gente no los lee correctamente, o los lee sin prestar la debida atención al contenido, lo justo para preguntar-

se para sus adentros: «Vaya, este artículo dice que el VIH no provoca sida; ¿que más se van a inventar? ¿Quién ganará el partido del domingo? ¿Qué me preparo para comer?».

Esta actitud es muy curiosa. Los artículos que cuestionaron la relación entre VIH y sida no fueron publicados, por ejemplo, en las últimas páginas de una revista de motor, ni escritos por un detractor profesional. Aparecieron en *The Sunday Times*, uno de los periódicos británicos de mayor prestigio que tiene una tirada muy elevada y un sólido círculo de lectores, y se publicaron repetidamente a lo largo de varios años. Fueron apoyados por artículos ocasionales en periódicos como el londinense *The Times*, gemelo de *The Sunday Times*, y en numerosas revistas, muchas de ellas de lujosa presentación. Por todo ello, esta opinión fue muy bien aireada y accesible para un gran número de personas durante un largo período de tiempo. Incluso la gente que no había comprado *The Sunday Times* entró en contacto con esta teoría puesto que, en otros periódicos, se publicaron de vez en cuando refutaciones del argumento de que el VIH no causa sida, atrayendo todavía más la atención sobre los planteamientos de *The Sunday Times*.

¡Los alienígenas se han llevado mis bolsas de celulitis!

Aun así, existen muchas pruebas de la credulidad de la gente. Mucha gente opina que debe haber «algo de verdad» en todas estas historias sobre objetos voladores no identificados porque piensan que «no hay humo sin fuego». Sé de gente que cree (o que, al menos, está dispuesta a gastar dinero) en cremas «científicamente probadas» para derretir kilos de grasa antiestética; que cree que comprado 2, 7 o 10 números de lotería aumentan significativamente sus probabilidades de ganar 3.000 millones de pesetas; que cree, en menor o mayor medida, en los fantasmas, la re-

Traducción del artículo: Radford T, *Influence and power of the media*. *The Lancet* 1996; 347: 1.533-1.535. Con permiso de The Lancet Ltd. y de Ediciones Doyma, S.A.

encarnación, la astrología, las experiencias extracorpóreas, los raptos alienígenas, el poder de las pirámides, la homeopatía, el Tarot, las propiedades protectoras del zumo de zanahoria contra el cáncer, la inteligencia inherente de sus propios hijos, el aceite de hierba del asno, o su habilidad para escoger a tres ganadores en una tarde sin tener ni idea de caballos en general ni de cada caballo en particular. Hay gente que se emociona con la supuesta superioridad –contra cualquier evidencia– de los equipos ingleses de críquet y de fútbol, y que todavía sueña con ver a otro finalista inglés en Wimbledon. Pero ninguna de estas personas opina que la infección por VIH sea inocua y que su evolución hacia el sida no sea inevitable.

Sin embargo, la mayor parte de lo que la mayoría de las personas sabe acerca del sida y del VIH *proviene* de los medios de comunicación. La mayor parte de lo que la mayoría de las personas sabe acerca de cualquier tema, excepto de su trabajo y de su entorno familiar, proviene de la prensa, la radio y la televisión. Son las mismas fuentes que proporcionan, a sabiendas y públicamente, a la mayoría de la gente la mayor parte de la información sobre cremas de antienvjecimiento, alienígenas, profilaxis con zumo de zanahoria y la potencial invencibilidad de la selección nacional. Por tanto, nos encontramos ante una paradoja. La gente parece satisfecha de creer en casi todo, pero también es capaz de discriminar la charlatanería peligrosa de la que es simplemente autoindulgente. Es evidente que está sucediendo algo muy complejo. Quizá la aparente credulidad sea parte del juego. Cuando un motorista circula por una calle con mucho tráfico, sus sentidos reciben lo que debería ser un exceso de información. La mayoría de las veces, los motoristas se las arreglan discerniendo las cosas importantes, y todavía les sobra tiempo para disfrutar de algunas que no lo son. Hay relativamente pocos accidentes. Algo parecido es lo que le sucede al que vagabundea por la calle de los medios de comunicación. Así, vale la pena reflexionar sobre lo que sucede cuando leemos un periódico o vemos las noticias en televisión. Vale la pena preguntarse qué tipo de animal son la prensa y los demás medios de comunicación.

En la barriga de la cabra

En un ensayo escrito hace más de 30 años¹, Norman Mailer comparó la prensa con

una cabra, con una máquina, con un «leviatán intelectual obligado a comer cada día golosinas, cartilagos, grava, cubos de basura, neumáticos viejos, chuletones, cartón mojado, hojas secas, tarta de manzana, botellas rotas, comida para perros, conchas, polvo de cucaracha, bolígrafos secos y zumo de pomelo. Toda la basura, todos los desperdicios, todas las heces y un poco de riqueza se meten cada día y cada noche en la barriga de esa vieja cabra americana que son nuestros periódicos». Es una metáfora preciosa que, sin embargo, no dice demasiado sobre lo que sale por el otro extremo. Lo que sale son historias: sobre la tarta de manzana, sobre las botellas rotas, sobre el polvo de cucaracha, pero historias al fin y al cabo. Para la prensa sería mejor utilizar la analogía de Scheherazade, forzada una noche tras otra a relatar cuentos que dejaban al oyente con ganas de escuchar más cuentos, porque si dejaba de hacerlo moriría. Es una imagen romántica, pero nada falsa. Cuando los lectores dejan de leer periódicos –y lo hacen cuando no quieren escuchar las historias que se les explican–, los periódicos mueren. Hay un corolario: cuando los periódicos detectan, de algún modo, que una historia determinada interesa, todos empiezan a explicarla. Podrían decidir no hacerlo, pero lo hacen.

**«Cuando los lectores dejan de leer periódicos
–y lo hacen cuando no quieren escuchar las
historias que se les explican–,
los periódicos mueren.»**

Esto sucedió en 1994, cuando la prensa británica descubrió el *Streptococcus* hemolítico en el contexto de la fasciculitis necrosante. «Descubrió» es una expresión justa: el *British Medical Journal* publicó un ensayo titulado «El eclipse del *Streptococcus* hemolítico» en el que destacaba que, en esa época, nadie desarrollaba la enfermedad que, en su día, había sido la pesadilla de los cirujanos². La narrativa de la fasciculitis necrosante es sencilla y escuerridiza porque existen diferentes versiones de cómo empezó todo. Sin embargo, en varios periódicos nacionales y en la radio aparecieron reportajes sobre muertes por una infección especialmente horrible y, en el espacio de una única semana, la noticia empezó a hincharse. Contaron con la colaboración de uno o dos alegres miembros de la profesión médica que pretendían, claramente, poner la carne de gallina: casi podía oírse correr la saliva cuando

hablaban de carne deshecha y de órganos internos convirtiéndose en líquido. Salieron en titulares algunas personas que habían padecido fasciculitis necrosante, con fotografías en las que se observaban agujeros donde antes había carne (y que inspiraron el famoso titular «Un bicho asesino se me comió la cara»). El número verdadero de casos siempre fue incierto. Los médicos insistían en que no había pruebas de que el número de casos fuera superior al normal (es decir, casi ninguno). Las agencias de noticias no estaban tan seguras. El escaso número de casos se convirtió, de alguna manera y por unos días, en una epidemia que asolaba el Reino Unido.

Mareados como un loro

Incluso los periodistas médicos y científicos se apuntaron al fenómeno. Los periódicos cuentan con periodistas especializados en medicina y en ciencia para ayudarles a separar la paja del trigo, pero existen situaciones en que los especialistas no pueden hacer nada más que unirse a la jauría. «Me sentí como Peter O'Toole interpretando a Lawrence de Arabia», me dijo uno de ellos, «en la escena en que los beduinos atacan por sorpresa y masacran a los turcos en retirada, gritando primero “no, oh, Dios mío, no lo hagan”, para luego pensar qué demonios, desenfundar la espada y espolpear a sus caballerías. Pensé que cuanto más fuerza pusiera en el empeño, antes acabaría todo. Y estaba en lo cierto. Más o menos al tercer día, se presentó una persona del departamento de reportajes preguntando si no se estaría creando demasiado revuelo alrededor de la fasciculitis necrosante, ¿no había otras enfermedades más importantes de las que preocuparse?».

Por supuesto que sí. En la resaca del «bicho asesino», al menos un periódico (*The Guardian*, 28 de mayo de 1994) seleccionó media docena de enfermedades más desconcertantes y más comunes que la prensa y el público no habían mencionado nunca. Una de ellas era la psitacosis. Otra, la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob (ECJ). A finales de 1995, se volvió a hablar de la ECJ en relatos espeluznantes: se inició otra historia, resultado de una búsqueda no demasiado entusiasta de muertes horripilantes, después de conocerse que al menos 4 granjeros habían muerto de ECJ desde el descubrimiento de la encefalopatía espongiforme bovina (EEB) en la cabaña británica. Después murió una mujer joven que había

trabajado en una carnicería, y un ministro empeoró las cosas declarando que no había ninguna posibilidad de que la enfermedad se transmitiera a los seres humanos y que estaría encantado de alimentar a sus hijos con hamburguesas. Sólo faltaba eso: se asume que los ministros siempre mienten y, en cualquier caso, la diseminación de la enfermedad era perfectamente concebible, pues de otra forma el Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación (MAPA) no estaría acosando a los mataderos, aumentaría la inversión en investigación de la EEB y obligaría a sacrificar los rebaños afectados. El *Br Med J* estudió las estadísticas³. Los directores de escuela y las asociaciones de padres y profesores de alumnos anunciaron la eliminación de la carne de vacuno de los menús escolares y exigieron que se les dijera la verdad. En esos días, la mayoría de los periódicos escribían artículos bastante sobrios y ecuanimes que resultaban ser simples confesiones de confusión e incertidumbre. A finales de 1995, se tenía la leve impresión de que el jurado todavía no se había pronunciado, o de que la preocupación se mantenía muy silenciada, una opinión bastante justa y exactamente lo que la prensa médica debería haber deseado. Pero este punto también es sorprendente. El público no lee la prensa médica especializada. Nadie cogió al público por la solapa y le dijo: «Supongo que debería preocuparse, pero sólo un poco». Curiosamente, eso fue exactamente lo que hicieron en 1996 el MAPA y el Ministerio de Sanidad. Anunciaron noticias de muertes por una nueva cepa de ECJ entre la gente joven, y esta prueba, dijeron, significaba que ya no podían seguir afirmando que no existía relación entre la EEB y la ECJ. El público reaccionó de forma previsible: después de haber escuchado durante una década que el riesgo era inexistente o casi, y habiéndolo interpretado como «pequeño», asimiló la nueva información y, lógicamente, interpretó el nuevo riesgo como «no tan pequeño». El precio de la carne de vacuno cayó, cerraron algunos mataderos y se suspendieron las subastas. Empezaron a sacrificarse las reses de más de 30 meses de edad y se elevó una prohibición mundial sobre la venta de carne y de otros productos de vacuno británicos. Políticamente, este asunto sigue siendo una patata caliente. En el fondo de la historia de la ECJ-EEB existen una serie de enigmas: estas dos enfermedades, ¿tienen alguna relación entre sí? En caso afirmativo, ¿cuál es el agente etiológico y cómo se trans-

mite la enfermedad entre diferentes especies? ¿Cuánto tardaría una encefalopatía espongiiforme de origen bovino en manifestarse en seres humanos? La prensa británica dedicó páginas, cada día, a la EEB. Acusó a las nuevas tecnologías ganaderas de haber precipitado la crisis al alimentar a las vacas con despojos ovinos. También acusó a los comisarios en Bruselas de haber reaccionado como si creyeran lo que se decía en los periódicos. Y acusó a los políticos de haber desatado el pánico. Y entonces, en 3 semanas, *The Independent* hizo lo que cualquier periódico podría haber hecho en cualquier momento de la alarma de primavera. Puso de manifiesto que la ECJ se cobró, en 1995, 43 víctimas, y que era probable que este número fuera, en 1996, de sólo 50 casos. «¿Dónde está la epidemia de ECJ?», planteó el 11 de abril de 1996. Hacer preguntas es fácil. Encontrar respuestas –verdaderas respuestas– exige tiempo, pero los periódicos no disponen de tiempo. Necesitan publicar alguna explicación que parezca una respuesta, y necesitan hacerlo de forma inmediata.

Entonces, ¿quién mueve los hilos?

Los médicos y los científicos (y también los profesores, los ministros y los moralistas) tienen tendencia a creer que un error publicado en la prensa es un error que se perpetúa. A la inversa, una noticia verdadera debería ser tomada como verdad incuestionable por el público, pero no conozco a nadie que crea que eso es así. La relación entre el periódico y el lector es mucho más sutil y flexible. Los lectores pueden ser mucho más inteligentes y discriminadores de lo que periodistas y científicos quieren creer. Pero la gente puede ser inteligente y tener capacidad de discernimiento, y aun así optar por disfrutar con la basura.

«Pero la gente puede ser inteligente y tener capacidad de discernimiento, y aun así optar por disfrutar con la basura.»

La prensa libre es una cosa extraña. Es libre de ser difamante, deshonesto, trivial, codicioso, voluble y absurdo; libre de ser hipócrita y honesto al mismo tiempo; libre de ser franca y falsa; libre de buscar denodadamente la verdad y de tomar partido político. Es libre de estar no sólo equivocada, sino obstinada. En mi experiencia, la prensa intenta, casi siempre, descubrir la verdad de las cosas. Tiene una gran responsabilidad. El problema es que no

se atreve a ejercer su responsabilidad dándose importancia, porque al público no le gusta la pomposidad. Lo que la prensa tiene que decir muchas veces se oculta, o se pierde por completo algunas veces, en las historias que elige contar. Cada miembro de la prensa libre tiene que impresionar a su propio público, tiene que cantar sus propias canciones. De vez en cuando, todas las voces coinciden cantando el mismo himno. La letra puede no estar sincronizada, pero todos se crecen en el coro. Quizá no canten la canción adecuada pero, cuando lo hacen, los políticos toman asiento y escuchan. La mayoría de las veces los periódicos, la radio y la televisión entonan canciones muy diferentes, pregonan sermones muy variados, narran series enteras de historias diferentes y hacen alguna pequeña representación o *sketch*. Los comentaristas, más que repasar las noticias, participan día y noche en una función.

Los lectores de periódicos y los televidentes de los programas informativos entienden la prensa y la televisión de forma inteligente en estos términos. Si el público recibe la prensa que se merece, lo contrario también es verdad: la prensa obtiene el público adecuado.

El público tiene una capacidad sorprendente para pasárselo bien con los entretenimientos hipócritas, frívolos o maliciosos que le son servidos. También es tremendamente hábil para diferenciar la información importante de la que no lo es, y demuestra una reconfortante capacidad de confusión cuando la situación es genuinamente confusa. Los lectores de un periódico se comportan de forma muy similar a la de cualquier persona sensata: encantados de que se les entretenga, muy capaces de discernir los mensajes importantes entre la avalancha de señales lanzadas, y poco susceptibles de dejarse engañar en los temas que afectan directamente a sus vidas, o a su manera de ver la vida. A los periódicos les encantan las noticias médicas: elaboran escándalos sobre las declaraciones de un ministro sobre los peligros de los anticonceptivos, la amenaza de la EEB, la muerte súbita neonatal o los contradictorios consejos sobre salud y nutrición. Existen numerosas pruebas de que al público le gustan estas historias. Pero no hay demasiadas que se las crea o se las tome en serio. Si el público británico encuentra divertido que el Secretario de Estado para la Salud le recomiende beber un poco más de alcohol que antes, significa que, entre el público, hay personas que recuerdan que se les dijo que el alcohol era perjudicial; que mataba las células

cerebrales, alteraba el criterio, destrozaba hogares y se cobraba vidas. El público también incluye a gente que puede recordar los días que los médicos recetaban *stout* (cerveza negra muy fuerte), oporto o brandy a las personas que «estaban mal de los nervios». En 1995, los consejos sobre nutrición de un Secretario de Estado para la Salud británico llegaron a un público que recuerda que se le dijo que los filetes y los huevos eran sanos y que las patatas y el pan no lo eran, y que espera convencido de que algún día volverán a escuchar este consejo. Telefoneé a un médico (un médico de cabecera al que conocía sólo un poco) para preguntarle su opinión sobre la manera en que la prensa trataba las historias médicas –al fin y al cabo, historias sobre la vida de personas–. Fue más partidario de culpar a los políticos que a la prensa. No acusó espe-

cialmente a la prensa de estar sembrando confusión sobre la ECJ o la EEB, la bebida y la salud, o la muerte súbita neonatal. «Echo una ojeada al periódico para enterarme de qué se habla», dijo, y, a continuación, añadió inesperadamente, «Disfruto igual que todo el mundo leyendo esas historias». Y dijo que no, que no conocía a ningún paciente que pensase que el VIH no fuera un precursor del sida.

BIBLIOGRAFÍA

1. Mailer N. The presidential papers. Londres: Corgi, 1965.
2. Garrod LP. The eclipse of the haemolytic streptococcus. Br Med J 1979; 1: 1.607-1.608.
3. Creutzfeldt-Jakob disease and bovine spongiform encephalopathy: any connection? Br Med J 1995; 311: 1.415-1.421.